

LA HORA INTERNACIONAL

DEMETRIO BOERSNER

INDOCHINA LIBERADA

Después de 35 años de lucha contra diferentes tipos de opresión extranjera, los pueblos de Indochina han conseguido la meta de su liberación nacional. No sólo desde un punto de vista objetivo y "frío", sino también desde un enfoque subjetivo y humanitario, el triunfo de las fuerzas de liberación en Vietnam del Sur y en Camboya debe ser mirado positivamente. Entre otras cosas significa que millones de seres humanos, que durante muchos años han sufrido peligros y martirios espantosos, por fin conocerán la paz. Una paz bajo la égida de nuevos gobernantes revolucionarios que sin duda serán duros e intolerantes por momentos, pero que fundamentalmente se abocarán a una labor de reconstrucción, de desarrollo autónomo y de justicia social.

Conquistada y colonizada por Francia desde el siglo diecinueve, Indochina produjo sus primeros movimientos de liberación modernos a partir de 1919. En Vietnam, antiguo Reino de Annam, surgió el movimiento nacional más importante, encabezado por elementos marxistas, entre los cuales descollaba Ho Chi Minh (Nguyen Ai Quoc). La fase de la lucha guerrillera en gran escala se inició después de 1941 contra los japoneses que habían sustituido a los franceses como gobernantes de Indochina en el año 1940. Lograda la victoria aliada sobre el Japón, Ho Chi Minh abrió negociaciones con Francia para obtener la independencia de Indochina. Una conspiración de los elementos colonialistas interrumpió las conversaciones y provocó la violencia. Se inició así en 1946 la larga y sangrienta guerra de Indochina, que Francia perdió para el año 1954, a pesar de que desde 1950 los norteamericanos prestaban apoyo financiero y logístico a las fuerzas galas, en la creencia de que la campaña contra el Viet Minh (fuerzas de liberación del Vietnam) formaba parte de la "defensa del mundo libre" contra el comunismo internacional.

Derrotada Francia por las fuerzas del Viet Minh en la batalla de Dien Bien Phu (1954), la Conferencia de Ginebra de ese mismo año decidió dividir Indochina en cuatro Estados. Laos y Camboya se hicieron independientes, con carácter de neutrales; las fuerzas revolucionarias del Vietnam admitieron, a pesar de su triunfo mi-

litar, que su país quedase por el momento dividido en dos Estados: el uno, al norte del paralelo 17, gobernado por Ho Chi Minh y el Partido de Trabajadores; el otro, del sur, en manos de la reacción vietnamita. Al cabo de dos años, se celebrarían elecciones en ambos Vietnam, con el fin de unificar al país.

Esas elecciones no se llevaron a cabo, debido a la actitud negativa del dictador survietnamita, Ngo Dinh Diem, apoyado por los norteamericanos. En un colosal error de apreciación histórica, los estrategas de Washington pensaban que la presencia occidental podía mantenerse en la parte sur de la península de Indochina, y que, si tal cosa no se hacía, toda Asia del Sureste caería en manos del "comunismo internacional" como una hilera de piezas de dominó (si se empuja la primera, se caen todas). Los Estados Unidos olvidaron que no se puede definitivamente impedir la realización de la voluntad de liberación de un pueblo; mucho menos cuando se pretende hacerlo a través de fuerzas políticas tan despóticas, corrompidas y antisociales como las que gobernaron en Saigón desde 1954 hasta el presente. También dejaron de tomar en cuenta que el "comunismo internacional" ha dejado de ser un bloque monolítico, para transformarse en un conjunto de fuerzas marxistas nacionales, divididas por hondas diferencias de intereses y de pensamiento. Con ciega e inhumana obstinación los Estados Unidos iniciaron una guerra en grande, con centenares de miles de hombres, bombardeando masivamente a Vietnam del Norte y del Sur, causando millones de víctimas y una masa de sufrimiento y de destrucción como pocas veces se ha visto en la historia del mundo. La guerra en gran escala comenzó en 1965 a raíz del "incidente de Tonkín" fabricado por la CIA. Desde todo punto de vista —apoyo a bandoleros y traficantes de drogas, utilización de métodos genocidas, inhumanas torturas, etc.— la actuación norteamericana en Vietnam representa el más bochornoso episodio en la historia de los Estados Unidos y bien merece el calificativo, que le endilgó Maurice Duverger, de "un fascismo exterior". Entre los episodios más absurdos merece citarse la intervención norteamericana en Camboya, en 1970, derrocándose al legítimo gobierno neutralista de ese país para imponer un títere occidental llamado Lon Nol. El resultado de ello fue la formación

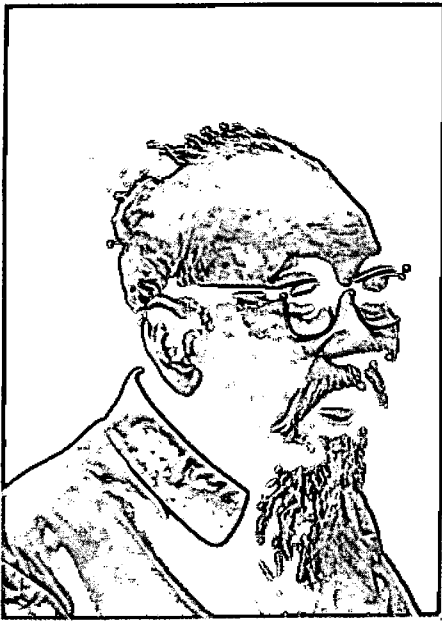
de un movimiento guerrillero bajo dirección marxista, denominado el "Khmer Rojo", que hoy comparte el poder con los neutralistas moderados del Príncipe Sihanouk.

Hasta el último instante, los norteamericanos cometieron un acto criticable tras otro. Sistemáticamente propagaron el pánico entre los infelices habitantes rurales que aún permanecían en sus tierras en Vietnam del Sur. Trataron de convencer a los católicos vietnamitas de que el "Vietcong" (Frente Nacional de Liberación del Sur) los masacraría. Así provocaron una fuga final de millones de personas, con enormes sufrimientos inútiles. El Papa, la Cruz Roja Internacional y el Gobierno de Francia se esforzaron por contrarrestar el pánico, y dijeron la verdad: Que hasta el momento, el comportamiento de los revolucionarios vietnamitas ha sido inobjetable en todas las zonas donde asumieron el control.

Ha terminado una larga y terrible guerra de liberación nacional en la única forma como podía terminar, de conformidad con las leyes de la historia: con la victoria absoluta y definitiva de los patriotas. Aunque el bando triunfador está encabezado por los comunistas, éstos no tienen el monopolio total del poder, ni son instrumentos de potencias externas tales como la URSS o China. Más bien tienden hacia el socialismo con cariz nacional, a la manera yugoslava o rumana. Por ello, para las corrientes occidentales de buena fe —incluidas las corrientes religiosas— queda abierto el camino para el diálogo y la cooperación con Indochina en su futura etapa de pacífica reconstrucción y reorganización.

HABLO EL PUEBLO DE PORTUGAL

Después de un año de gobierno provisional, dirigido por militares de izquierda junto con fuerzas políticas civiles diversas, el pueblo portugués fue a las urnas y eligió una asamblea nacional constituyente. El Partido Socialista obtuvo el mayor número de votos: el 36 por ciento. En orden descendente de fuerza electoral le siguen: el Partido Democrático Popular (Social-liberal) con 26 por ciento, el Partido Comunista con el 13 por ciento, el Centro Democrático Social (Centro-derecha) con un 8 por ciento, y el Movimiento Demo-



Saigón se llama ahora Ciuda Ho Chi Minh

crático (progresistas procomunistas), con el 4 por ciento.

El resultado electoral indica con claridad que la mayoría del pueblo portugués tiende hacia la izquierda más bien que hacia la derecha. Indica, asimismo, que dentro de la izquierda prefiere la fórmula socialista (socialismo con libertad y pluralidad de opiniones) a la fórmula comunista (socialismo más centralista y autoritario). Aun así, el Partido Comunista llegó cerca de su objetivo de captar por lo menos el 15 por ciento de los votos, y lo alcanzó si se cuentan los votos del MDP procomunista. También hay que tomar en cuenta que los votos comunistas provienen principalmente de las regiones urbanas más desarrolladas y de más alto nivel cultural; es decir, que su valor cualitativo tiende a compensar su carencia cuantitativa.

El Partido Socialista dirigido por Mario Soares está demostrando un gran espíritu de lucha y una elevada conciencia política. Su línea doctrinaria es radical. Propone la socialización de los medios de producción más importantes, la planificación democrática a la vez que centraliza y una redistribución profunda y completa del ingreso. Pero al mismo tiempo es intransigente en su oposición al dogmatismo y a las fórmulas de gobierno monopartidista que podrían provocar la transformación del poder de los trabajadores en un poder **sobre** los trabajadores. Con respecto a lo ideológico, el PS portugués parece tener en su seno dos tendencias. Su ala "derecha" o moderada tiende hacia el pragmatismo. En cambio su ala "izquierda", más influyente, ha adoptado el método marxista de análisis de la sociedad. En el seno de esa ala de izquierda existe un grupo particularmente dinámico que combina el marxismo como instrumento de análisis, con una percepción cristiana del universo. En lo estratégico y táctico, el PS defiende la línea de la unidad de las izquierdas: una unidad que debe englobar

tanto al Partido Comunista y algunas agrupaciones de la izquierda extrema, como también a los social-liberales del PDP.

La derecha portuguesa e internacional desearía profundizar las divergencias entre el PS y el PC, y llevar a los socialistas a formar un bloque "centrista" —es decir, relativamente conservador— contra los comunistas y la izquierda militar. Mario Soares y sus compañeros se han opuesto resueltamente a esa campaña y han insistido en mantener relaciones de cooperación con el PC y la izquierda del Movimiento de las Fuerzas Armadas, pese a todas las dificultades transitorias. Frente al PC y la izquierda militar, el PS insiste en que se pacte **también** con el PDP, pero en cambio rechaza la idea derechista de una coalición "centrista" que incluiría a los conservadores del Centro Democrático Social.

Los militares revolucionarios, tales como el Premier Vasco Gonçalves y el Jefe de Seguridad, general Otelo Saraiva de Carvalho, hasta el momento han preferido colaborar con los comunistas más bien que con los socialistas. La firme disciplina y el verticalismo del PC provoca simpatías en el ánimo de hombres radicales formados en los cuarteles y en el campo de batalla colonial. La "blandura" democrática del PS merecía su desconfianza. Sin embargo, observadores de las más diversas tendencias concuerdan en que los socialistas están ganando paulatinamente el aprecio y la buena disposición de los izquierdistas del MFA. Han venido demostrando que su democratismo no significa falta de consecuencias o de radicalidad. Por ello, se puede prever que de ahora en adelante, después de un análisis de los resultados electorales, el Consejo de la Revolución de los militares colaborará en grado creciente con los socialistas.

El propio PC y su Secretario General Alvaro Gunhal no están reacios a colaborar con un futuro gobierno en el cual los socialistas desempeñarían un papel fundamental: siempre y cuando el PS mantenga su línea actual y no se deje infiltrar por el social-democratismo anticomunista que campea en algunos otros partidos de su familia ideológica. Los comunistas portugueses están conscientes de que sería muy arriesgado tratar de formar desde ya un gobierno dominado por su propia influencia. Portugal está localizado en un sitio muy importante para las comunicaciones y la seguridad de la OTAN. Si los comunistas y ciertos elementos simpatizantes de ellos en el seno del MFA tomaran el poder directamente, en forma excluyente, negándose a reconocer el triunfo de los socialistas, ello podría provocar reacciones extremas por parte del aparato estratégico occidental. Además, una actitud comunista de irrespeto a los resultados de una consulta democrática tendría efectos

nocivos sobre la campaña de los PC de Italia y de Francia, empeñados en escalar el poder por la vía legal y con el apoyo de las capas medias de sus países.

NORTEAMERICA EN CRISIS... ¿Y LA AMERICA LATINA?

La derrota sufrida por la política norteamericana en Vietnam, junto con los fracasos menores de esa misma política en el Medio Oriente y en Europa meridional, además de las dificultades económicas derivadas de la actual recesión combinada con inflación, han llevado a la nación estadounidense a una crisis de angustia y de autoquestionamiento.

Los norteamericanos de mayor inteligencia y sensibilidad se han dado cuenta de que su sistema político-social necesita de profundas reformas estructurales. Claramente, la influencia desmedida de dos fuerzas opresivas —los grandes intereses capitalistas y el aparato militar-policia— acabó por corroer y pervertir la democracia creada por los próceres de 1776. En el bicentenario de su independencia, el gran país de Washington, Jefferson, Lincoln y Franklin Roosevelt necesita cambiar, no su constitución política, sino la correlación de fuerzas entre el pueblo y las minorías poderosas, en el seno de la infraestructura social y económica. Ese cambio debe operarse con la participación combativa de "los de abajo"; del pueblo inmortal y maravilloso que cantara Wal Whitman. Debe ser un cambio eminentemente democrático, en el sentido más profundo y menos formalista de esa palabra.

Pero al mismo tiempo, millones de norteamericanos sencillos y desorientados reaccionan en forma negativa y peligrosa. Rabiosos ante la derrota sufrida en una sucia guerra que les costó sangre y lágrimas, buscarán al responsable o al chivo expiatorio. Culparán de sus fracasos al extranjero, al intelectual, al cosmopolita —comenzando tal vez por vituperar al inteligente judío con acento alemán que ha venido dirigiendo en los últimos años la política exterior del país. Presionarán en favor del aislacionismo combinado con una política de represión interna y exterior: lo que incluye la represión contra los latinoamericanos rebeldes, que quisieran liberarse de la tutela del Tío Sam. Por haber perdido Indochina, se aferrarán con frenesí a su posesión imperialista del Canal de Panamá y de la zona que lo rodea: Caribe y Suramérica septentrional.

Si esta segunda reacción —ultranacionalista y semifascista— triunfara sobre la primera —autocrática y progresista—, los latinoamericanos podríamos sufrir las consecuencias de una manera asaz desagradable y dolorosa.